

Homilía del Sr. Obispo Emérito D. Rafael Torija de la Fuente en las Exequias de la Rvda. Madre Mercedes de Jesús Egido 4 de agosto de 2004

Nosotros también te damos gracias Señor Dios Padre Nuestro, porque algo de este misterio de vida y de muerte, sobretodo cuando tenemos que participar en un acto como el que estamos celebrando ahora, la Eucaristía, las exequias de nuestra querida Madre Mercedes, pues se nos hace, humanamente hablando, difícil de entender algunas cosas.

Pero te damos gracias porque, poco a poco, y aunque nos cueste humanamente, nos vas dando a entender el misterio de tus designios.

De generación en generación, se van cantando las glorias de la Virgen María Inmaculada. Y en esta tarde, cuando nosotros nos disponemos a dar sepultura a los restos mortales de la Madre Mercedes, constatamos en efecto que ha fallecido, es decir, que ha sido llamada por Dios a vivir junto a Él ya para siempre. Misterio que muchos de los más sabios sobretodo de este mundo, no entienden. Nosotros a penas, a lo mejor, porque ha entrado ya, en esa generación eterna que alaba por siempre al Señor y que canta la belleza sublime de la Concepción Inmaculada de María por los siglos de los siglos.

Por cierto, que hace todavía poco tiempo, una conocida editorial, me refiero a la BAC, en el año 2002, publicó un libro, precioso a mi juicio, sobre la Virgen, “Bienaventurada”, se llama, que es simplemente una colección de muy diversas colaboraciones de distintas personalidades: sacerdotes, obispos algunos, religiosos, religiosas, padres de familia, seglares, etc... y entre estas colaboraciones figura una también de la Madre Mercedes, que ella titula, o tal vez le sugirieron el título desde la editorial, así: “De generación en generación”.

He aquí como inicia ella este artículo:

“Ningún otro título – dice – podría encabezar este artículo en honor de la Virgen Madre, escrito por una Concepcionista que tiene en su corazón grabado a fuego de amor, la norma siguiente de sus Estatutos”.

Y cita a continuación las palabras textuales de los Estatutos: “Me llamarán Bienaventurada todas las generaciones... En esas palabras encontramos las Concepcionistas el principio, el fundamento, el valor y la pervivencia de nuestra Orden consagrada a ensalzar las glorias de María y su limpia Concepción, como fin específico.

Por ello, - sigue diciendo la Madre - mi vivencia personal, (habla aquí de su vivencia personal como cristiana, como religiosa, como concepcionista, de alabanza a María) no puede ser otra que el descubrimiento que ha supuesto para mí, la contemplación del misterio de la santidad original de la Tota Pulchra, toda hermosa, toda belleza”.

Quería recordar estas palabras de la Madre, porque seguramente a vosotras sobretodo, queridas hermanas concepcionistas, a vosotros también queridos hermanos sacerdotes, que concelebráis conmigo, vosotros religiosos y religiosas que participáis en la Eucaristía, todos los fieles cristianos, pues este hecho de su muerte, y esas palabras dejadas

escritas por ella, nos hacen pensar a la luz de esa Palabra de Dios que acabamos de leer en el Evangelio, con la esperanza de que Él, el Señor, nos revele también a nosotros algo de este misterio amoroso de Dios que consiste en la llamada de este mundo a la eternidad.

Y he aquí que la llamada de la Madre, tiene lugar precisamente cuando la Iglesia se dispone a conmemorar solemnemente el ciento cincuenta aniversario de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción. Ya se ha anunciado en efecto oficialmente, que el Papa, si Dios quiere, estará en Lourdes los próximos días 14 y 15 para celebrar este gran acontecimiento de toda la Iglesia.

Es como si nuestra Madre Mercedes se hubiera querido adelantar para estar ya desde ahora mismo, gozando de esta fiesta de la Iglesia, pero ya en el cielo.

Debemos recordar que cuando nos disponemos a dar sepultura cristiana a los restos mortales de un cristiano, en este caso de la Madre Mercedes también, lo primero que hemos de hacer al reunirnos en el nombre del Señor para orar, para celebrar la Eucaristía, es pedirle perdón y misericordia por su infinita bondad, para con todas las posibles faltas y deficiencias que a lo largo de su vida haya podido cometer, porque nuestra condición humana es frágil y podemos faltar a Dios y a nuestros hermanos en cualquier momento, pero, y esto también lo entendemos por la luz de tu Espíritu, Señor, sabemos que siempre encontramos la alegría del perdón y del incremento del amor de un Padre que está siempre dispuesto a recibirnos cuando solicitamos su misericordia. Cuando lo hacemos personalmente en vida, cada uno de nosotros y cuando lo hacemos, como esta tarde, en comunidad a favor de nuestra hermana.

Que en paz descanse. Que reciba toda la inconmensurable bienaventuranza, que por los méritos de Cristo y con la ayuda de la Inmaculada Virgen María, ella seguramente ha conseguido a lo largo de toda su vida cristiana y consagrada.

Pero además de esto, que es lo primero que debemos hacer y hacemos en una Eucaristía exequial, a nosotros hoy nos agrada, tenemos necesidad incluso, por otra parte nos estimula también en nuestra vida cristiana, recordar el ejemplo de la Madre Mercedes: Ejemplo de oración, de perseverancia, de recogimiento en la clausura, de confianza en la Providencia de Dios, de fraternidad, dentro y más lejos de los muros del convento, de espíritu de comunión con la Iglesia, de vida de Dios y en Dios.

Como ella misma nos recuerda en ese artículo que antes he citado, son los propios Estatutos de la Orden los que ponen en la alabanza de la Virgen y especialmente en el reconocimiento del misterio de su Concepción Inmaculada, “Me llamarán Bienaventurada todas las generaciones”, el fundamento de la propia espiritualidad concepcionista.

Ella ahondó mucho. Trató de vivir y de ayudar a que vivieran sus hijas este fundamento de honda espiritualidad cristiana. Ella encontró ahí, en efecto, la fuente, el principio, el valor y la fortaleza, la perseverancia para su vida cristiana y religiosa y para la insistencia dentro de la obediencia a la Iglesia, en los que ella entendió que eran caminos de renovación y de mayor fidelidad a los orígenes y a la inspiración de la santa Madre Beatriz de Silva.

Seguramente, por todo eso, ella misma dice: “Esta fuerza santificadora dimanada de la misma entraña de Dios que hizo Inmaculada a María, inundó con sus aguas puras todo el ser de Santa Beatriz de Silva, estabilizando y perpetuando de este modo el Espíritu Santo, el

culto de la Toda Pura mediante la Orden de la Inmaculada Concepción, que hizo nacer del corazón ferviente de la enamorada de María, Santa Beatriz”.

Pues, que al celebrar su muerte, es decir su triunfo, nos animemos a cantar de nuevo con palabras de la misma Madre Mercedes lo que ella seguramente estará sintiendo ahora porque lo expresaba en otras ocasiones de su vida:

“Toda pura eres María y mancha original no hay en ti. Toda pura eres, Monte Santo de Dios, Zarza Ardiente de Caridad, Madre nuestra. ¡Cuán bella y cuán suave eres en tus delicias, Casta Paloma! Ruega por nosotros pecadores al Dios que te libró del pecado, ahora y en la hora de nuestra muerte.”

Su muerte, aunque nos duela, aunque estemos, sobre todo vosotras, queridas hermanas, sufriendo por esta separación, tanto más cuando no era, nos parecía tan inmediatamente previsible, su muerte a pesar de todo, nos consuela, porque es una muerte en el Señor.

Su vida, sus escritos que, vosotras sin duda conocéis bien, su ejemplo nos ilumina y además nos fortalece. Tenedlo seguro: Vais a ser más fuertes, vais a tener más vigor todavía, porque tenéis una intercesora fuerte y valerosa junto al Padre.

Su total consagración a Dios por medio de la Virgen en el misterio de su Inmaculada Concepción, nos llena, os debe llenar sobre todo a vosotras, de esperanza.

Su inolvidable recuerdo que será como una presencia constante en medio de vosotras y en la vida de cuantos la hemos conocido un poco de cerca, nos hace más alegres, nos tiene que hacer más alegres, en el servicio a los hermanos y en la comunión eclesial que ella tan intensamente vivió, porque ella intercede por nosotros.

Que en paz descanse y que nosotros sigamos su camino.

Que así sea.

+ D. Rafael Torija de la Fuente
Obispo Emérito de Ciudad Real